

Así que pase cincuenta años

(Leyenda o Acto de homenaje en tres escenas)

Primera escena: *El tiempo*

(La acción debe suceder en un lugar impreciso como el mar sin crepúsculos, la semilla del sueño o la quietud de una paloma muerta en la arena. Tal vez sean testigos de lo que ocurra:

la atención imposible de los muertos de mirada antigua,
el llanto seco de los que ronda por el cielo insomne de Granada,
los negros como mascaróns borrachos surcando los filos de río y aceite del Hudson,
la noche desnuda en los miedos de un coro de gitanos,
la pasión de los enamorados oscuros.

Quizá lo que ocurra sólo sucede ante la mano que escribe para que la página en blanco no sea un pozo de silencio ni la imagen vacía de unos ojos definitivamente amargos, cerrados frente al balcón abierto. Puede que no ocurra nada y que nada suceda. Puede que ni siquiera se estremecan las calaveras de los teatros.

El tiempo de la acción debería ser el tiempo de los laberintos bajo la luna, el de las sombras entre la sangre, el de los cementerios de la memoria. Sin embargo, la fecha es precisa, concreta como un anillo o el fuego antes de la ceniza:

1986, agosto 19.

Ya pasaron cincuenta años. ¿Pasaron?...)

JOVEN.—Podríamos recordar.

VEJO.—Podríamos recordar lo que ya una vez recordamos.

JOVEN.—Recuerdo que entonces te dije que guardaba dulces para comerlos después.

VEJO.—Y yo te dije: Después, ¿verdad? Saben mejor.

JOVEN.—Y recuerdo que un día...

VEJO.—Recuerdo que yo te interrumpí entonces con vehemencia... Sí, Me gusta tanto la palabra recuerdo. Es una palabra verde, jugosa. Mana sin cesar hilitos de agua fría. Sabe a esperanza.

JOVEN.—Sí, sí, claro. Tienes razón. Es preciso luchar con toda idea de ruina, contra esos terribles desconchados de las paredes de la casa. Muchas veces yo me he levantado a medianoche para arrancar las hierbas del jardín. No quiero hierbas ruines en mi casa, como tampoco quiero muebles rotos.

VEJO.—Así me dijiste en una ocasión. Estabas alegre y como tratando de convencerte. Lo recuerdo.

JOVEN.—Mientras hablábamos esperábamos que pasasen cinco años. Aquélla era una espera para el amor.

VEJO.—Sin embargo, no ocurrió el amor sino la muerte.

JOVEN.— Yo quería morir siendo manantial, fuera del mar, entre los naranjos y la hierbabuena. Quería morir como un amanecer. Quería acabar enterrado en el aire pequeñito de una veleta. Sólo ansiaba el recuerdo en las cosas vivas, ardiendo en sus formas, con sus perfiles intactos.

VIEJO.— Recuerdo que también dijiste eso entonces.

JOVEN.— Pero ahora lo hemos perdido todo. Desapareció el tiempo. Nos hemos colmado del silencio de la tierra. ¿No te das cuenta? En nosotros desemboca el silencio.

VIEJO.— Siempre podremos recordar.

JOVEN.— Podríamos recordar lo que una vez ya recordamos.

VIEJO.— Muy bien. Es decir, hay que recordar, pero recordar antes.

JOVEN.— ¿Antes?

VIEJO.— Sí, hay que recordar hacia mañana.

JOVEN.— ¿Cómo?

VIEJO.— Sin sigilos, trasladando nuestra casa subterránea a las estrellas; desde el musgo de las estatuas o en las quemaduras de la sangre... Da igual. Hay que recordar hacia mañana, escribiendo ahora los sucesos de los años futuros.

JOVEN.— ¿Qué sucesos? ¿Qué sucesos?

VIEJO.— Recuerda y habla. No temas. Tal vez alguien entienda. Tal vez alguien se estremezca y deshoje la flor de la sal de sus ojos.

JOVEN.— Pasarán cincuenta años y hará mucho que la uña quebró el tallo y el dedo apretó el gatillo. Dejó el mar de moverse. Entonces se multiplicó el eco de los disparos. Esperábamos el amor y ocurrió la muerte. El corazón salió solo y se desgarró como un fruto oscuroísimo. Pasarán cincuenta años, mas el tiempo se habrá detenido: quedó inmóvil sembrado de frío, abismado. Y ni siquiera los gallos sabrán ya cavar la aurora. El tiempo sólo es un espejo ante el vacío.

VIEJO.— Y, sin embargo, nunca estuvo solo tu corazón.

JOVEN.— Siempre me he asombrado ante el hombre; lo sabes. Por eso reparto mi corazón y mis sentidos entre quienes padecen el dolor y la injusticia que mana del mundo. Muchas veces abandoné un ramo de azucenas para meterme hasta la cintura en el fango y ayudar a los que buscaban azucenas. Ningún ser humano verdadero lo es si no transcurre solidario.

VIEJO.— Y, ¿ahora? ¿tienes azucenas en las manos?

JOVEN.— No. Sólo adelfas... Adelfas negras.

VIEJO.— ¿Y tu corazón?

JOVEN.— ¿Para qué lo solicitas? Tú sabes que mi corazón late desde hace tiempo en los ojos de nieve negra de un caballo negro y terrible.

VIEJO.— ¿Qué quieres decir? ¿Qué quieres decir?

JOVEN.— Te preguntas a ti mismo. Sabes lo que ya ha ocurrido aunque todavía no se haya cumplido.

VIEJO.— ¿Y los dulces?... ¿Conservas aún algunos de aquellos dulces?

JOVEN.— Los guardaba para después.

VIEJO.— No hay después. Tú y yo lo sabemos. ¿No lo recuerdas?

JOVEN.— Recuerdo que me gusta la palabra recuerdo. Es una palabra verde, jugosa. Mana sin cesar hilos de agua fría. Sabe a esperanza.

VIEJO.— Tienes razón. Recuerdo que es preciso luchar contra toda idea de ruina. Muchas

veces me he levantado a medianoche para arrancar las hierbas del jardín. No quiero hierbas ruines en mi casa, ni muebles rotos, ni esos terribles desconchados de las paredes.

JOVEN.— También tú estabas alegre y como tratando de convencerte. Lo recuerdo.

VIEJO.— Sí. La nuestra era una espera para el amor y en aquel amor no cabían los escombros.

JOVEN.— Las ruinas, las hierbas ruines, los rotos y desconchados son el paisaje del olvido. Ellos son la forma de los cementerios donde orinan los perros y donde los gusanos y las lombrices se enroscan como diminutas esquirilas de agonía.

VIEJO.— Aguardábamos que pasasen cinco años para el amor.

JOVEN.— Pasarán cincuenta años y nunca hubo después.

VIEJO.— Después no hay nada, después no podemos amar, después se ha acabado todo.

JOVEN.— Esperábamos el amor tras el paso del tiempo.

VIEJO.— Ansiábamos el recuerdo en las cosas vivas que conserva indemnes el tiempo.

JOVEN.— Y sin embargo...

VIEJO.— No ocurrió el amor.

JOVEN.— Ocurrió la muerte.

(Lentamente, como un denso juego amargo, la penumbra ha ido envolviendo al JOVEN y al VIEJO a medida que sus palabras se esforzaban por entre los huecos y grietas del escenario. Se escucha un trueno lejano. Se oye otro trueno, esta vez próximo, inmediato como un remordimiento o un presagio. La luminosidad azulada de la tormenta invade:

los recuerdos en las raíces de los ojos,
la sorpresa del silencio y su alarma,
el cielo sin salida donde los vilanos asedian los límites del vuelo,
la sangre de las criaturas calladas,
el hielo que abrasa la memoria cuando el tiempo de la muerte se agolpa.

Confundiéndose con la prisa repetida de los truenos, por entre los cuchillos que acechan el sueño, se escucha un galope que avanza como una amenaza que buscare su destino. Por un lateral o desde el miedo aparece:

el CABALLO NEGRO y terrible,

que pronto aquieta y detiene su galope. Como si esperara. Un corazón ajeno late en sus ojos de nieve negra. Desde el escenario su negra mirada negra convierte la penumbra azulada en un maleficio OSCURO.)

Segunda escena: *El maleficio*

(Torna la luz y sus vidrios alejan el tumulto poderoso de la tormenta. Los truenos se han quedado sin cauce. Ahora el aire lleva signos que derramarán su sentido. Busca la luz un paisaje de flores recién cortadas, mas el sueño de los rayos se pierde contra las figuras que permanecen en el escenario. El JOVEN y el VIEJO son dos presencias de roca: quietos como plazas deshabitadas, perfiles sin movimiento. Por ellos no pasa el tiempo y la leyenda ahora no los toca. Inmóvil también el CABALLO NEGRO; sólo sus ojos de nieve negra laten, se delatan y en ellos se hielan los vidrios de la luz el sentido que esconde el aire, los rumores del mundo alerta. Los ojos de CABALLO NEGRO amenazan las orillas de la aurora.

Por el patio de butacas, entre el público o las ruinas aparece el ARLEQUÍN. Lleva dos caretas, una en cada mano, la una de expresión alegre, triste la otra, y mientras habla cubre alternativamente con ellas su rostro. Junto al ARLEQUÍN viene la SOMBRA. Varios ECOS los

acompañan callados desde el aire. Actúan, o quizá vienen, deambulando entre la extrañeza y los cuerpos próximos de los espectadores. Hacia ellos hablan, ajenos al cuadro quieto que dibuja la mirada sobre el escenario.)

ARLEQUÍN.—Este que veis aquí os dejará huella y hará crecer el asombro entre vosotros. Nunca antes hubo tanta luminosidad y poderío, tan granado misterio ni tanto estremecimiento en palabra alguna. La suya es nueva y ahonda. El mejor gusto, el aliento más poderoso, la gracia y la tragedia tejen la trama de su voz, la medida de su canto.

SOMBRA.—Yo sólo soy una apariencia. No me pertenezco. Estoy desnudo y tengo frío, un frío mineral, antiguo como los planetas. Déjame. Dejadme todos. Me queman las abejas de vuestras miradas.

ARLEQUÍN.—Así como el poeta Virgilio construyó una mosca de oro y murieron todas las moscas que envenenaban el aire de Nápoles, de oro blando construiremos una estatua para ti, para que callen todas las voces falsas y ponzoñosas, para que cangrejos ciegos aniden en las gargantas y en los ojos enemigos.

SOMBRA.—Oigo aullidos y sollozos esperando. El aire trae un látigo de luces y el luto de las raíces amargas. Tengo frío. Una espesura de anémonas aguarda. Mi desnudez me asusta. Déjame, te lo ruego.

ARLEQUÍN.—¡Vamos, vamos...! ¿No oyes cómo canta el alba? También avanza desnuda y no se teme ni la celan. No te excuses. No te escondas. No calles como oculta la noche la risa de los niños. ¿No lo ves? Todos aguardan crecer junto a tu canto lleno de mariposas y colores intactos.

SOMBRA.—Sólo hay la imagen desnuda de una imagen. Dejadme. Me siento yermo, sin palabras ni fuerzas en el corazón. Dejad que me envuelvan los ecos, que me abriguen con sus bandadas de sabores quietos.

(El ARLEQUÍN desaparece sin rastro detrás de una cabriola. Desde distintos resquicios y diferentes tiempos los ECOS se aproximan hasta donde se encuentra la SOMBRA. Resuenan salmodiantemente. Avanzan como formas sin peso, desprovistas de cuerpo.)

ECO DE YERMA.—Marchito y yermo estás, sí, como yo que estuve marchita con la agonía de un animalito. Desde que me casé estuve dándole vueltas a esa palabra: marchita, marchita... Sólo cuando te la dicen en la cara, sólo entonces, por primera vez, vez que es verdad y entiendes.

ECO DE ROSITA.—Hay cosas que no se pueden decir porque no hay palabras para decir-las y, si las hubiera, nadie entendería su significado. Me entiendes si pido pan y agua y hasta un beso, pero nunca me podrás entender si pido que se aleje esa mano oscura que no sé si hiela o abrasa el corazón cada vez que, como tú, me quedo sola.

ECO DE MARIANA;—Os doy, a ti y a todos, mi corazón. En mis últimas horas yo quise engalanarme, sentir la dura caricia del anillo, prenderme en el pecho de la mantilla de encaje. Quien ama la libertad por encima de todo por ella se desangra; la muerte es entonces la misma libertad. Os doy mi sangre que es tu sangre y la sangre de todas las criaturas. No se puede comprar el corazón de nadie.

SOMBRA.—Oigo vuestras voces y siento que abren heridas que me ahogan como yedras en la garganta... Marchito... Solo... La libertad y la sangre... ¡Callad! ¡Callad!... Como la espada que apaga el resuello de los toros, así me consumen vuestros ecos. Yo sólo soy una presencia, una imagen desnuda, el sueño o la fiebre de alguien que desconozco. No pongáis en mí lo que a él le pertenece.

(Como por picaduras de un punzón arisco, la SOMBRA ha empezado a manar sangre que no tiembla ni se contiene. Sangra la sangre. Desde el escenario el CABALLO NEGRO y terri-

ble venta y resopla desinquieto. Caracolea. Los belfos como ansias estirándose. A punto, pareciera, de encabritarse y quebrar la quietud en que se había mantenido. El JOVEN y el VIEJO continúan semajando formas de roca de las que huyó el movimiento.

Al poco, también por entre el público o las grietas, irrumpe la MÁSCARA que viste un traje con larga cola y todo el pecho sembrado con lentejuelas de oro. Oculta el rostro tras una careta blanca de yeso.)

MÁSCARA.—¡Encantador! ¡Realmente un verdadero encanto! Es la magia del teatro, la desvergüenza y la mentira del teatro. Puede una sombra parecer un hombre y puede su sangre desbordarse como el viento cuando inunda los valles. Teatro, todo teatro. Y el mejor teatro es la secreta trama que traman las palabras.

SOMBRA.—El teatro es escuela de llanto y risa, reducto misterioso de magia y camino de fascinación. Pero sobre todo el teatro es una tribuna para los hombres, para que en ella expliquen y se expliquen, para que ahonden en el corazón y descubran los sentimientos. En el teatro los hombres se reconocen y se recobran por la palabra y sus imágenes.

MÁSCARA.—El teatro engaña. Siembra esperanzas y fecunda ilusiones. La realidad no es más que el desamparo de una noche en que se secan los labios y los besos, el agujero o la fosa que acoge los llantos y las guerras perdidas. La realidad es una marca permanente de dolor.

SOMBRA.—No es cierto lo que dices. El teatro es más que un espejismo que no se alcanza. Es poesía que se hace humana y, en la transformación, habla, grita, llora, se desespera, pero no miente. Debajo de su apariencia los personajes revelan su encarnadura: se les ven los huesos, la sangre.

MÁSCARA.—Pues si así lo crees, mi desco no será para ti maleficio, sino don benéfico, generoso obsequio. Desde ahora ya no serás la sombra que eres. Ya eres hombre verdadero, un latido entre otros latidos, un pulso herido que conocerá el sabor concreto de la sangre.

(Con la lentitud de la tierra humedeciéndose reciente, pierde la SOMBRA su cáscara de sombra. El aire llena sus signos con un nuevo perfil humano. Descubren los sueños de la luz de la estatura del cuerpo y el rastro ileso de la respiración en el pecho. La SOMBRA es ahora el HOMBRE. Sigue desnudo como un destello entre volúmenes apagados. Sigue la sangre sin cesar de manar de sus heridas. De nuevo hablan los Ecos. Es de augurio siniestro el rumor disperso de sus voces.)

ECO DE LA MADRE.—Otras madres se asomarán a las ventanas, azotadas por la lluvia, para ver el rostro de sus hijos. Yo no. Yo haré con mi sueño una fría paloma de marfil que lleve camelias de escarcha sobre el camposanto, pero no; camposanto, no; lecho de tierra; tierra que te cobije y que te mezca en el fondo del ciclo inverso del más erizado de los abismos.

ECO DE BERNARDA.—Avisaré que al amanecer den clamores las campanas... Y no quiero llantos. La muerte hay que mirarla cara a cara. ¡Silencio! ¡A callar he dicho! ¡Las lágrimas para cuando estemos a solas! Nos hundiremos todos en un mar de luto, en el negro abismo del silencio.

ECO DE MARIANA.—Es preciso que tú también descanses. Nos espera una larga locura de luceros que hay detrás de la muerte. No desmayes. El abismo nos aguarda, te está buscando desde hace tiempo.

(Las voces y los ECOS se alejen como se hunde el filo del metal en la carne, como se escapa la arena de entre las manos, como olvidan los espejos las imágenes perdidas.)

HOMBRE.—¡Esperad! ¡Esperad! No me dejéis así herido! ¡No me dejéis con la flor incesante de mi sangre! ¡Esperad!

(Los gritos de maromas rotundas del HOMBRE acaban por quebrar el cuadro quieto que

fijó la mirada sobre el escenario. El JOVEN y el VIEJO abren sus ojos desmesuradamente, como si no les fuesen propios o perteneciesen a los muertos. Sus labios se abren en un doloroso boqueo de pez al que cegaran con cal las agallas. Sin embargo, ninguna palabra, ningún sonido o murmullo se desprende de la mueca esforzada en que se han convertido sus bocas; ningún destello aterido, ningún incendio o erupción brota de la desmesura de sus miradas.

No tarda mucho el CABALLO NEGRO y terrible en arrancar en estampida. Corre como una cólera definitiva, desbocado, sin límites que le aferren o que aminoren el vértigo que encienden sus cascos. Así irrumpe entre el público o los escombros donde la MÁSCARA y el HOMBRE acumulaban los rastros y las vertientes de la sangre. Con las tenazas locas de sus quijadas, el CABALLO NEGRO encarama sobre su lomo al HOMBRE y escapa con él en un galope terrible, sin dogales, sin riendas, sin espuelas. Los ojos de nieve negra del animal son fragua y forja donde se expande el fuego. La MÁSCARA intenta retenerlo.)

MÁSCARA.— ¡Alto! ¡Detente gigante de siniestras oscuridades! ¡Detén el tropel de tu velocidad aguda como navaja! ¡Alto! ¡No despeñes la vida que te llevas!

(Será vano el empeño. EL CABALLO NEGRO y terrible sólo se detendrá cuando en sus ojos de nieve negra se refleje la profundidad de la sima, cuando sea su mirada otro abismo de fuego OSCURO.)

Tercera escena: *El abismo*

(Un silencio fecundo de punzones o aristas ha impregnado el aire, la luz y sus fugas, después de que se desvaneciese el fragor alucinante de los cascos del CABALLO NEGRO y terrible. Ni siquiera los insectos entablan asechanzas enemigas. Sólo el silencio armado y el eco del galope sumergiéndose en el algodón de los sentidos.)

El JOVEN y el VIEJO, en el escenario, abandonan el asombro de gestos paralizados en que permanecían. Vuelven los ojos a su medida. Regresan a su línea de formas en vilo los labios. Hablan como quien inicia una despedida.)

VIEJO.—Podríamos recordar.

JOVEN.—Podríamos recordar lo que ya una vez recordamos.

VIEJO.—Recuerdo que guardabas los dulces para después.

JOVEN.—Recuerdo que no hay después.

VIEJO.—Pasarán cincuenta años, mas el tiempo se habrá detenido.

JOVEN.—El tiempo sólo es un espejo ante el vacío.

VIEJO.—¿Sabes? Me gusta tanto la palabra recuerdo. Es una palabra verde, jugosa. Mana sin cesar hilos de agua fría. Sabe a esperanza.

JOVEN.—Sí, sí, claro. Tienes razón. Es preciso luchar con toda idea de ruina.

VIEJO.—¿Crees que nosotros somos unas ruinas? ¿Somos acaso un panorama para los insectos? ¿Somos el perfil de algún sueño hundido?... ¿Qué somos? ¡Díme! ¿Qué somos tú y yo?

JOVEN.—Te preguntas a ti mismo. Sabes perfectamente lo que somos: esqueletos dispuestos para el aire, sangre que desató el odio. Somo lo mismo: un recuerdo contra las ruinas.

VIEJO.—Y sin embargo esperábamos el amor.

JOVEN.—Pero ocurrió la muerte.

VIEJO.—Ya pasaron cincuenta años.

JOVEN.—¿Realmente pasaron cincuenta años?...

(Mientras el JOVEN y el VIEJO hablan, entre los espectadores o las miradas ausentes, sur-

gen el ARLEQUÍN y la MÁSCARA que maniobran para preparar un pequeño escenario de tabloncillos cuarteados. Sus ademanes son meticulosos y precisos, mas una severa gravedad domina sus cuerpos que se ungen de la remota solemnidad de los oficiantes de ceremonias sagradas.

Al fin ultiman la operación y queda listo entre el público el escenario de tabloncillos cuarteados. Antes de desaparecer detrás de uno de los bastidores dispuestos en los laterales, la MÁSCARA hace su anuncio con actitudes de pregonero.)

MÁSCARA.—¡Señoras y señores, distinguido público, la representación va a comenzar! ¡Para ustedes y ante ustedes... «Así que pasen cincuenta años!» ¡Un diálogo de amor y muerte para los asesinados bajo el cielo!...

(Desde el otro bastidor lateral del escenario de tabloncillos cuarteados levantado entre el público aparece el ARLEQUÍN. Lleva en las manos sus dos caretas, la una de expresión alegre, triste la otra. Como siempre, cuando habla oculta con ellas, alternativamente, su rostro.)

ARLEQUÍN.— Dicen que dicen que la muerte resuena por los barrancos, que la oscuridad tiene ojos de ataúd y el silencio se espesa de pólvora y sangre seca. Dicen que dicen que en Víznar está el abismo. Dicen que dirán que el crimen fue en Granada.

(Voces de corazón roto vagan como un crepúsculo recién cortado ante las ventanas de un balcón abierto. Se las oye. Ruedan por los huecos y los huesos.)

VOZ DE MACHADO.—Se le vio, caminando entre fusiles, por una calle larga, salir al campo frío, aún con estrellas, de la madrugada. Mataron a Federico cuando la luz asomaba. El pelotón de verdugos no osó mirarle la cara. Todos cerraron los ojos; rezaron: ¡ni Dios te salva! Muerto cayó Federico. Sangre en la frente y plomo en las entrañas... Que fue en Granada el crimen sabed —¡pobre Granada!—, en su Granada...

ARLEQUÍN.—Dicen que dicen que salió una noche que ardía como soles perdidos. Dicen que dicen que llevaba en la mano un lirio y el lirio se volvió sangre. Dicen que dicen que en sus ojos se repetía la muerte. Dicen que dirán que lo sacaron una noche y que ya no viene.

VOZ DE GUILLÉN.—La casa oscura, vacía; negro musgo en las paredes; brocal de pozo sin cubo, jardín de lagartos verdes. Sobre la tierra mullida caracoles que se mueven, y el rojo viento de julio entre las ruinas meciéndose. ¡Federico! ¿Dónde el gitano se muere? ¿Dónde sus ojos se enfrían? ¡Dónde estará, que no viene!

(Las voces de corazón roto se confunden con el estampido de un trueno lejano. Descarga azulada la tormenta y en luz gime parecida a un pájaro entre alambres. Sus claroscuros iluminan el pequeño escenario de tabloncillos cuarteados que se alza entre los espectadores.)

La careta de yeso blanco de la MÁSCARA irrumpe ahora como la sal en las caracolas. Tiene roto y vencido su traje de larga cola, diseminadas las lentejuelas de oro que sembraban su pecho.)

MÁSCARA.—Yo he visto el abismo llenarse del estupor de los cadáveres. Y he visto las bocas calladas y las conciencias ocultas bajo el miedo sin fondo. Y he visto el odio delatando con saña. Y he visto la cruz disparar como detonaciones y bendiciones que eran condenas.

(Mientras habla la MÁSCARA la tormenta pesa sobre la tierra y se establece entre el público. Los relámpagos recuerdan los destellos diminutos de las balas al escapar de los caños de pistolas y fusiles. El retumbo de los truenos es ya el eco multiplicándose del ruido seco con que los disparos fermentan la muerte.)

MÁSCARA.—Y he visto al hermano ser alacrán para el hermano. Y las mujeres viudas y las madres secas como casas quemadas. Yo he visto el rostro del mercurio, los ojos del cáncer, las manos del carbón. He visto la guerra y sus desmanes. Su lengua de óxido sobre los pechos. Sus dientes hunden la frente para que no ocurra bajo los ojos de la sorpresa viva de los sueños.

ARLEQUÍN.—Así que pasen cincuenta a ños el olvido volará sobre los muertos y la gangrena del odio.

MÁSCARA.—Así que pasen cincuenta años no crecerán en ascuas las manchas de la sangre.

ARLEQUÍN.—Esperaremos el amor así que pasen cincuenta años.

MÁSCARA.—No habrá más crimen, Federico. Así que pasen cincuenta años tu oculta calavera será el cuenco para el amor.

ARLEQUÍN.—No más muertos acumulados sin nombre.

MÁSCARA.—No más abismos para perpetrar la infamia.

ARLEQUÍN.—Y el teatro será una ternura desgranada donde esperarte.

MÁSCARA.—Y la poesía: plata cálida para los labios que te nombren.

(La tormenta calma su estruendo. Tal vez los muertos de miradas antiguas germinen hacia las flores y el sol.)

ARLEQUÍN.—¡Señoras y señores!... ¡Distinguido público!... ¡La representación ha terminado!...

(El ARLEQUÍN y la MÁSCARA se despojan de las caretas que siempre han velado sus rostros. Las facciones de uno son iguales a las del otro. Sus caras idénticas son la cara del HOMBRE. Mientras permanecen mirando fija, honda, insistentemente al público, el JOVEN y el VIEJO prosiguen ahora el diálogo, la urdimbre de sus voces.)

JOVEN.—¡Dime! ¿Qué somos tú y yo?

VIEJO.—Lo sabes. Sabes perfectamente lo que somos. Somos lo mismo: esqueletos dispuestos para el aire, un recuerdo contra las ruinas.

JOVEN.—Y sin embargo esperábamos el amor.

VIEJO.—¿Habrán pasado ya cincuenta años?

JOVEN.—Siempre podremos recordar.

VIEJO.—Muy bien. Sí, pero recordar antes; hay que recordar hacia mañana.

(Silencioso como la luna contra el agua el CABALLO NEGRO y terrible aparece y se aquieta en el escenario. Bajo los ojos de nieve negra del CABALLO NEGRO el JOVEN y el VIEJO se observan infinitamente, como si se descubriesen por vez primera o inauguraran un mundo desconocido. Sus miradas se absorben mutuamente. Ahora hablarán al unísono, como un único y solo pensamiento.)

JOVEN/VIEJO.—Mi corazón late desde hace tiempo en los ojos de nieve negra de un caballo negro y terrible... Esperaba el amor y ocurrió la muerte... ¿Habrán pasado ya cincuenta años?...

(El CABALLO NEGRO y terrible se aproxima con lentitud de aceite resbalando por entre plumas. Pareciera que en sus ojos de nieve negra se reflejase un abismo remoto.)

JOVEN/VIEJO.—Siempre podré recordar.. Así que pasen cincuenta años... podré recordar.. Aún espero que ocurra el amor... Siempre podré recordar..

(Las palabras se han vuelto imprecisas como el mar sin crepúsculos, la semilla del sueño o la quietud de una paloma muerta en la arena. El ARLEQUÍN y la MÁSCARA desaparecieron entre la soledad de la memoria. En el lugar del público o los vestigios sólo queda la fijeza de un rumor, una imagen disecada. Nadie podrá explicar cómo los espectadores han sido suplantados por SOMBRAS que sangran y esperan. Tal vez esperan que pasen otros cincuenta años. Tal vez esperan la caída lenta del

TELÓN.)